

Guitarras

Anochece

Planto la tienda a la vera del camino
mientras croan las ranas dentro de las sombras.
El viento se esconde entre los árboles
y desliza el silencio de sus hojas estáticas.

Enrique Garcés Félix

Abro mi merienda:

Un pan varias veces consumido;
zanahorias robadas a un conejo
y fruta que llegó a mi mano generosamente.

De sobremesa:

rompo a cantar con la guitarra
hasta que sus cuerdas me cierran los ojos.
Quedan las luciérnagas en medio de la noche
y el tímido arroyuelo que golpea el oído.

Amanece.....

Una luz crece y se vuelve espejo:
tengo el pelo largo,
barba centenaria,
las manos abiertas,
sonrisa amable,
la sangre caliente para darle al mundo,
un viejo cuaderno repleto de sueños
y una paz inmensa muy dentro del alma.

Soy gota de agua que fecunda el campo,
que nada ambiciona ni nada disputa,
amo la vida porque, es eso, vida.
El valle se agranda y me toma en brazos,
me siguen a trechos, más cortos, más largos,
las flores, los pastos, los ríos,
los perros ajenos que lamen sandalias,
mariposas viajeras que han perdido el rumbo,
los rudos aldeanos con sabor de surco
y hasta el corcel brioso que baja del monte.

Recojo la tienda,
la leña del campo,
el agua del río,
las flores muy bellas,
las frutas y nueces,
la hermana guitarra
y algún can amigo que quiera seguirme.
Trazo itinerario ese mismo instante
y al posar los ojos en el horizonte
siento a la osamenta moverse de pronto
y casi sin sentirlo retomo la ruta.

A veces, suelo detenerme,
por las cosas buenas que la vida ofrece
y porque soy un hombre como cualquier otro.
Me acurruco, entonces, en algún sendero,
con la idea fija de quedarme un tanto,
pero a mi refugio llega el alma mía,
dialoga conmigo y con mi guitarra,
y, nuevamente, casi sin sentirlo
tomamos camino hacia el horizonte.